

XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas  
Ciudad de México / 29 de Julio – 5 de Agosto 1993

Simposio

Pioneers in anthropology from Asia, Africa, and Latin America

Coordinated by Professor Mario D. Zamora

De Pilciao a La Plata

Samuel Lafone Quevedo en la constitución de las ciencias antropológicas del  
Noroeste argentino

Alejandro Fabio Haber\*

Daniel Darío Delfino\*\*

\*Centro de Investigaciones Arqueológicas, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca.

Dirección postal: Vicente Salas Martínez 464. (4700) Catamarca, República Argentina.

\*\* Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas / Universidad Nacional de La Plata.

Dirección postal: Casilla de correo 678. (1900) La Plata, República Argentina.

#### PRESENTACION

Si revisamos la historiografía de la antropología argentina (por ejemplo Fernández 1978), encontraremos amplia justificación para considerar a Samuel Lafone Quevedo como un pionero. Por otro lado, resulta necesario advertir que su obra no ha sido considerada favorablemente, como la de la mayoría de los de su época. Ciertamente, Lafone Quevedo no ha sido un clásico (*sensu* Alexander 1991). Aunque también podemos entender al pionero como aquél que no solo llega primero sino que, y más relevantemente, abre caminos.

En este trabajo queremos explorar los caminos abiertos por Lafone en el curso de su obra. No nos importa constatar la justeza de sus datos no la veracidad de sus interpretaciones. Nos aproximamos a su obra en un movimiento interpretativo, tratando de delimitar sus supuestos, mostrar sus intereses y comprender sus intenciones. Para ello, nos dejamos conducir, de la mano del propio Lafone, por el paisaje que compuso a lo largo de su vida. Los contextos intelectuales e histórico-sociales muestran su relevancia en cada momento. Pero, para acercarse a la obra de un autor tan manifiestamente inserto en una topografía biográfica, es necesario no descuidar los aspectos relativos a sus propias vivencias (algunas de las cuales solo intuimos).

En fin, no pretendemos para este trabajo un carácter biográfico, aunque incluimos al principio una serie de datos ordenados cronológicamente, ya que los consideramos de relevancia para la comprensión de su obra. Tampoco defendemos una pretensión de exhaustividad, aunque recorremos la mayor parte de su obra edita.

Nuestra visión de Lafone es estrictamente presente, y en ese sentido este trabajo es una presentación. No es que defendemos o rechazamos sus interpretaciones como hoy validas, sino que, a la hora de reflexionar acerca de los supuestos de la propia disciplina, releer Lafone, con su peculiar aproximación pre-disciplinaria, resulta un ejercicio vivificante.

Creemos conveniente enfatizar en la obra de Lafone las posiciones encontradas, para que resalten los aportes en su contexto, así como sus contradicciones internas. Contra la luz de esas diferencias se pueden ver los caminos de Lafone, aquellos que nos justifican en esta presentación de pionero. Y, en una obra topológicamente inspirada, surge casi como necesidad polarizar entre Pilciao y La Plata. Esta distancia resulta toda una metáfora de su obra, así como también de la antropología del noroeste argentino.

### BREVE NOTA BIOGRAFICA

Samuel A. Lafone Quevedo nace en Montevideo (Uruguay) en 1835, de madre católica y padre anglicano. Este, un rico comerciante inglés con intereses en diversos negocios del Rio de la Plata, lo envía a estudiar a Cambridge (Inglaterra) en 1848. Nueve años más tarde, Samuel regresa al Plata con un título de **Magister artium**.

En 1859, realiza su primer viaje a Catamarca, acompañando a su padre y a Benjamin Poucel, un francés que, habiendo recorrido previamente la zona, le transmite al joven Samuel sus conocimientos e interés por la geografía, historia, etnografía y arqueología de la región. Poco tiempo después, tras problemas financieros en los negocios del padre, Samuel es enviado a Catamarca a administrar una mina y un ingenio de procesamiento del mineral.

Instalado en la zona, compra en 1860 un extenso algarrobal a 25 kilómetros al sur de Andalgalá, prácticamente en las costas del salar de Pipanaco. Lafone rebautiza al lugar con el nombre de Pilciao. El mismo declara:

“Yo soy el autor de la ortografía Pilciao, cuando restauré á esta pago su antiguo nombre. La propiedad fue adquirida bajo el nombre de Balde de la Carpintería o de Don Fabián, que así se llamaba nuestro vendedor” (Lafone, 1898:XXI).

En el lugar, Lafone funda un ingenio o fundición, con un poblado, al que le fue dando características que iban más allá del mero emprendimiento industrial. Pilciao será visto posteriormente como un proyecto semejante a una misión jesuítica, una reducción, una fundación en un sentido más amplio. Construye viviendas para los trabajadores (los que llegan a ser más de quinientos), una escuela, un templo o salón, acuña moneda propia, establece actividades culturales comunales:

“Cinco días de labor en torno a un hombre querido y amado, que era el primero en participar aun en las faenas más duras, y dos días de descanso: sábado y domingo. (...) Aquél era el día (...) del hogar y ni los niños por lo común se alejaban de sus casas. El domingo era el día del pueblo, la ocasión de conocerse y apreciarse todos los vecinos. La gente de los ingenios mas vecinos, distantes quince y mas kilómetros venían, ya al declinar el viernes, para participar en las funciones y en los juegos de esos dos días.” (Furlong 1962:14)

En una reseña biográfica se nos dice (Furlong 1962:20) que “(...) la vocación filológica y arqueológica de Don Samuel se había afirmado desde 1880”.

Ya desde inicios de la década del '80, cuando Lafone comienza a escribir notas personales en un semanario (tarea que continuó hasta 1896), nos habla de su obsesiva pasión por la transcripción y estudio de documentos antiguos. En su afán por acercarse al carácter de una cultura americana originaria, no vacilo en sumergirse en el aprendizaje de distintas lenguas, tales como el quichua, araucano, abipón, mocoví, toba, guaycurú, chino, japonés, egipcio, sanscrito, chibcha, maya, quiché, náhuatl. Simultáneamente realiza estudios de gramática comparada.

Pilciao rompe la monotonía de un paisaje rural provinciano, y la obra de Lafone rompe la historia de ese confín de la tierra. Pilciao es un lugar y es un hombre, despierta la admiración y cautiva la atención de cuanto científico viajero merodea por esas inmediaciones. Quienes en distintos momentos, y por diversas razones, hacen referencia a la persona de Lafone, coinciden sorprendentemente en reflejar un equilibrado interés entre los negocios y sus investigaciones.

Un nutrido número de científicos visitan Pilciao, entre ellos, el Ing. Gunard Lange, el antropólogo Hermann Ten Kate, el geólogo R. Hauthal, el Dr. Luis Brackebusch, pero sin lugar a dudas, “(...) el hombre que mas hizo por Lafone –al decir de Furlong (1962:21)- fue Francisco P. Moreno”, quien por 1892 le confía la dirección de la sección de Filología del Museo de La Plata. Sus compromisos con las instituciones capitalinas comienzan a fortalecerse, y sus viajes al sur se hacen cada vez más frecuentes y por tiempos progresivamente más prolongados. En 1895 la Universidad de Buenos Aires lo nombra delegado al Congreso de Americanistas de Roma, invitación que tiene que declinar debido a compromisos familiares y especialmente a que sus preocupaciones se debían concentrar en el manejo de las finanzas.

“Todo iba con la mayor prosperidad hasta que, a partir del primer gobierno de Roca, los políticos se interesaron en la explotación minera. Ellos arruinaron la empresa de Lafone. (...) los impuestos, los gabelas, las tasas de toda índole, y los impedimentos de toda naturaleza fueron acrecentándose de tal suerte, que (...) en el postrero de esos años escribió Samuel: ‘es un muy mal negocio continuar con Pilciao, y aunque me rompe el alma poner punto final a esta empresa, no hallo otra solución viable’” (Furlong, 1962:19).

Sus decisiones en principio atenuadas, comienzan reduciendo la cantidad de obreros, hasta que por fin entre enero y febrero de 1902, debe vender la mina. Se traslada entonces ya definitivamente a La Plata, en donde en 1906, se lo designa Director del Museo de Ciencias Naturales de La Plata, cargo en el que permanece hasta su muerte.

En 1898 es nombrado profesor de Arqueología Americana en la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad de Buenos Aires. Al tomar posesión de esta cátedra, inaugura formalmente los estudios académicos dentro de la especialidad. La serie de reconocimientos institucionales se terminan de configurar en 1910, cuando la Universidad de Buenos Aires le otorga el título de Doctor honoris causa.

Samuel A. Lafone Quevedo, el precursor de los estudios filológicos, etnográficos, arqueológicos, lingüísticos, muere el 18 de junio de 1920.

## LA ANTROPOLOGIA DE LAFONE

“Las fuerzas reproductoras de la naturaleza, por todas partes aparecen como objetos de culto de los indígenas, y aun cuando el tiempo y las persecuciones de cultos opuestos hayan hecho todo esfuerzo por desaparecer el último rastro de las religiones del vencido, la casualidad y la arqueología reivindicadora de la historia sacan a la luz pruebas de cómo actuaban y como pensaban naciones desaparecidas. Los nombres de lugar, el simbolismo de sus artefactos, su organización social, todo tiende a hermanar las naciones dispersas en la mayor parte de la América que conocemos.” (Lafone, 1918:79).

En 1890 se publica el primer trabajo de Lafone destinado a medios científicos, que constituye un ejemplo paradigmático del primer momento de Lafone. En él, describe e interpreta el significado de un disco de bronce que había adquirido en una población cercana a Pilciao. De la mano de este primer trabajo nos internamos en su obra, que será recorrida con una intención sistemática antes que cronológica.

Lafone busca en la “Relación de Juan de Betanzos” (una crónica de la conquista del Perú), la descripción de unas imágenes de bulto que formaban parte de la parafernalia del culto al Inca en el Cusco. Sugiere entonces que el disco en cuestión podría ser una copia (“una placa”) de las muchas que se habrían mandado “à los últimos confines del imperio”, para ser “acatados y reverenciados o **mochados**, como es la expresión indígena” (Lafone, 1890:4). Para reafirmar lo expresado describe los componentes del disco que manifiestan semejanza con la descripción de la “Relación”: “el escaño o tronco, **tiyana**” (op. cit.), “la diadema de plumas muy galanas” y “la **patenade** oro en la frente”. La falta de “las dos **mamaconas**, o mujeres que **oxeasen** (espantasen) las moscas”, es suplida por un sinónimo gráfico. En el disco hay

“dos lagartijas o sean **umucutis**, la etimología de cuyo nombre pare que está indicando su oficio; pues que **umu** es sacerdote, y **cuti**, en vez de. Los lagartos comen moscas, así que muy bien pueden desempeñar el tal oficio” (op. cit.).

El texto de la crónica sirve de marco interpretativo para el disco. Sobre la superficie del disco, Lafone lee un texto gráfico análogo al de la crónica. Pero esto de “leer” es bastante menos metafórico de lo que se podría suponer. Explícitamente, Lafone manifiesta:

“yo creo leer en los símbolos ciertas letras, y estas no dicen Viracocha” (op. cit.).

Pero esta idea nos la presenta en su dimensión histórica:

“este culto, -el de Viracocha- hasta cierto punto noble y puro, había destronado otro que se ligaba más de cerca con las tradiciones y supersticiones populares” (op. cit.).

A poco de comenzar la última sección de su trabajo, bajo el título “Las letras”, Lafone nos dice que:

“los bordados y pinturas repetidos ad nauseam en los objetos de arqueología algo significaban; lo que se hace convencionalmente empezó por ser significativo” (op. cit.).

¿Cómo acceder a ese significado? Lafone aportara distintas vías a lo largo de su obra. En 1890 compara cada una de las unidades gráficas de las que se componen los motivos, con los jeroglíficos egipcios y mayas, y con su valor fonético y semántico. Como resultado de esta tarea de desciframiento y transcripción concluye que los motivos repiten la voz **cuati**, la que

será objeto, a su vez, de traducción en el marco de crónicas y documentos históricos, información lingüística y tradiciones folklóricas.

En su artículo sobre “Las huacas de Chañar-Yaco” deriva el significado simbólico del funcional:

“(…) pintadas (...) con esas líneas ondeadas en zig-zag y quenco, que si no me equivoco son los signos que dicen –agua- porque los encontramos en los vasos y tinajas que seguramente se destinaban para el acarreo y deposito de este liquido” (Lafone, 1891:358).

En este caso se trata de la unidad de la cosa, su nombre, su objeto y su sentido. **Yuro** es, a la vez, el nombre que se aplica a una vasija alargada, aquello que sirve para una función y lo que representa esa misma simbología. Su decoración aluda a ese significado, así como el nombre de esa decoración.

En 1900 reitera el esquema. Esta vez se refiere a unas “manoplas” de bronce, interpretando cada motivo: el papagayo es mitológicamente importante:

“el paralelogramo es uno de los símbolos repetidos **ad nauseam** en el famoso disco descubierto en Andalgalá, y que yo supongo que representa el dios Viracocha<sup>1</sup>. La escalinata (...) lo más probable es que representen las patas o andenes de las labranzas andinas (...). De los tres vanos solo le diré que se parecen a tres menhires, monolitos estos que están íntimamente ligados con el culto de los Dioses agrícolas de la región en que se hallan las manoplas (...). Estos círculos ya, (sic) sean solos ya acompañadas de otros circulillos o (sic) de puntos centrales, tienen (sic) un valor simbólico bien conocido; (...) fundándome en la plancha del Yamqui Pachacuti, y en mis estudios arqueológicos en la región Calchaquina, no trepido en juntar una cosa con otra, y en establecer que donde tenemos estos “Ojos” se trata del dios (sic) Viracocha, y de su hijo o (sic) emanación, Imaymana” (Lafone, 1902b:287-288).

Lafone concluye:

“Reunidos estos datos creo justificada la hipótesis que esta y las demás empuñaduras que figuran en las colecciones son esas “como manoplas” con que se imploraba el favor de Viracocha, del Sol y del Trueno” (op. cit., p.289).

Pero es en el prologo a la obra de Adan Quiroga, “La cruz en América”, que Lafone firma en 1901, donde le da a la simbología un marco más explícito:

“Estos dibujos nos dan a conocer que existía un simbolismo con signos reconocidos, y fundándome en esto, en la universalidad de muchos de ellos en nuestro continente, es que no trepido en hablar de una lengua sagrada con simbología bien conocida tanto en el norte como en el sur” (Lafone, 1977:21).

La idea de una lengua sagrada panamericana nos suena excesivamente difusionista. Pero más relevante que la cuestión del difusionismo nos resulta el concepto de la lengua sagrada como marco de significado de los dibujos, ya que proveen de una justificación para la idea de, por lo menos, un mundo andino que comparte amplias concepciones simbólicas. Siendo que estas concepciones compartidas subyacen a las manifestaciones materiales, estas pueden ser rastreadas, por ejemplo, a través del pensamiento mítico andino y, entonces, indicar el significado de las manifestaciones. Estas, además de referirse a los objetos arqueológicos y a los dibujos que los ornamentan, también aluden a los nombres, tanto aquellos que denominan las cosas, como los nombres de lugar y de personas. El nombre provee la pista para el significado de una cosa. El camino transita por un campo lingüístico y etimológico.

Durante muchos años Lafone recolecta vocablos vernaculares, topónimos y onomásticos en la región donde él habita. Esta región, la calchaquina, era deudora lingüística del cacán y del quechua, lenguas sobre las que se superpuso el castellano, dando lugar a la pérdida caso total de la primera, y la pervivencia en regionalismos de la segunda. Su experiencia en este campo lleva a Francisco P. Moreno a encargarle la redacción de “instrucciones del Museo de La Plata para recolectores de vocablos indígenas”, que completa en 1892. En 1894 comienza a publicar en forma de entregas otra vasta obra que se edita en forma conjunta en 1898. Se trata del “Tesoro de catamarqueñismos”, un verdadero diccionario de regionalismos. Cada término es explicado según su etimología, es decir, su significado original, aquél previo “a volverse convencional”.

Una vez interpretado el origen es preciso profundizar en el significado, y ese es el punto hasta donde lo conduce la etimología. A partir de allí, echa mano a una pluralidad de textos míticos, históricos y folklóricos para adentrarse en el campo de la traducción del significado. Y esto vale tanto para los términos como para los objetos arqueológicos.

Por ejemplo, una vez concluido que los motivos del disco de bronce quieren decir “coati”, argumenta, con bases en las crónicas, las lenguas indígenas y el folklore, acerca del sentido de “coati” para los fabricantes del disco.

“La voz no es Quichua, ni nos consta que los Inca-Peruanos adorasen a Cuati; los Aymaraes por el contrario lo tenían o la tenían por Dios, y por eso la prevención a los curas que les averiguasen a aquellos, si Cuati era Dios. La invasión Caribica destruyó el mundo viejo sud-americano y su civilización; nosotros conocemos a esta en su renacimiento bajo la dinastía de los (...) Incas, y atribuimos a éstos y a los Chimús (...) cosas que acaso correspondían a la raza vieja que los Caribes, o los que así llamamos, destruyeron. Los Incas no enterraban en tinajas, y sabemos por Montesinos, que en tiempo del sétimo Pachacuti, 400 A.D. se prohibió el uso de las letras, y que hubo reforma en la religión. Probablemente lo que se prohibió fue el **Cuatimient**, la superstición de Cuati, que no por eso dejaría de continuar en los lugares remotos. El Inca mandaría hacer el disco del sol, el provinciano lo llenaría de símbolos de Cuati: así el Colla, mientras pretendía adorar al Dios de los Cristianos en el altar de su capilla, en realidad le rendía culto a la **huaca** que a precaución había enterrado abajo del mismo” (Lafone, 1890:10-11).

Es decir, hay un trasfondo mítico, una lengua sagrada común, pero ello no significa que sea exactamente la misma entre diferentes pueblos. Las relaciones entre los pueblos indígenas en América del Sur, y particularmente en el área andina, han sido muy complejas, y es necesario comprender que toda manifestación cultural es resultado de un proceso histórico. De ahí que para Lafone sea crucial la preocupación por la mitología andina, pero también era importante la comprensión de esa mitología inmersa en las contingencias históricas que le tocaron a cada pueblo. Las múltiples invasiones en conquistas fueron vistas como contexto de la imposición de una cultura sobre otra; Lafone, en cambio, sabe apreciar las manifestaciones en las que la cultura de un pueblo dominado sobrevive a la conquista.

Un ejemplo, tal vez el más imponente, de su labor en este campo, es el “Ensayo mitológico” de 1892. En él, Lafone recurre al texto de Santa Cruz Pachacuti, un escritor indígena de la colonia, para afirmar la existencia de una deidad andina denominada Tonapa. Pero el propio Pachacuti es motivo de reflexión para Lafone, y en este caso acerca de su credibilidad. Cuando Lafone se pregunta sobre la existencia de Tonapa recurre a una presentación retórica que luego resuelve magistralmente:

“El dilema en que nos encontramos es este: o inventó Pachacuti la tradición de Tonapa con todos sus incidentes, lo que no es verosímil, o reprodujo lo que él y muchos otros conocían (...)” (Lafone, 1892b:349. El subrayado no es original).

Pocas páginas más adelante, continúa diciendo:

“El Yamqui Pachacuti pudo inventar himnos y ponerlos en boca de reyes del Cuzco, pero lo haría reproduciendo tradiciones populares y prácticas que conocía” (op. cit., p.364).

No se trata simplemente de una crítica histórica a las fuentes, sino que es más bien una justificación teórica de su opción metodológica por la vía mitográfica. El dilema entre invención y reproducción, muy propio de una época signada por las disputas entre evolucionistas y difusionistas, queda superado por el “inventar (...) reproduciendo”, en donde cobra sentido el mito en el folklore, el cacharro en la tradición popular, el topónimo en las ruinas arqueológicas, todo en una continuidad histórica de la cultura andina. La invención pura habría descartado toda importancia de la tradición cultural en su más amplio sentido. Ejemplo de ello, entre nuestros contemporáneos, son los arqueólogos neo-evolucionistas funcionalistas. La reproducción pura habría echado por tierra con todo interés por las manifestaciones locales. Lafone se sabe viviendo en un valle del mundo andino, pero también sabe reconocer que no es central en ese mundo. Por otra parte, nada habrían significado los procesos históricos si en ellos se hubiera reproducido todo lo dado. Lafone encuentra en su interpretación de Pachacuti una posición intermedia que, a la vez, es ampliamente superadora del dilema. En ella caben desde la resistencia cultural hasta la resemantización de significantes. Es cierto que Lafone no alcanza a percibir el carácter polisémico de los símbolos, pero, en contexto, resultan sorprendentes sus alcances y comprensibles sus limitaciones.

Pero, si el mito es reelaborado (“inventado y reproducido”) según el contexto histórico, preciso es, para Lafone, expresar su significación en términos históricos. Y la empresa es, de hecho, uno de los desvelos de nuestro pionero. En reiteradas oportunidades (entre ellas en su primer gran de 1888, “Londres y Catamarca”), Lafone inscribe sus interpretaciones en el marco de los procesos históricos, incluyendo episodios que van desde el descubrimiento de América, la conquista del Perú por Pizarro, y pasando por las entradas españolas en el territorio que posteriormente llamarían “Tucumán, juríes y diaguitas”, es decir, el actual noroeste argentino. En esta región, atravesada por innumerables cadenas de sierras, los diaguitas (y/o calchaquíes), emprendieron una larga lucha de resistencia que durante más de 100 años impidió el asentamiento definitivo del invasor español. Este periodo de resistencia y de conquista constituyó una de las temáticas preferidas de Lafone, a la que retorna caso en cada nuevo trabajo.

Pero antes de la invasión española se había producido una invasión incaica, que Lafone conocía tanto por las crónicas como por la amplia difusión que el quechua, la lengua imperial del Cusco, tenía en las provincias del noroeste argentino, así en los topónimos como en el habla vernacular. La invasión incaica había sido responsable de la unificación cultural del Ande, lo que sustentaba la recurrencia a la mitología andina en la interpretación del significado de la cultura. Pero no era esta una idea difusionista al extremo de creer que todo había llegado del Cusco.

Específicamente respecto a la región de Catamarca, creyó en

“las invasiones de hordas salvajes o de Juríes, que dieron en la tierra con algo, sino con el todo, de la civilización implantada por los pueblos Chichas, introducidos por los Incas o por los anteriores a la época de Tiahuanaco, que no

excluiría un renacimiento bajo los auspicios de los reyes del Cuzco, que para mí no son más que restauradores de la civilización de un imperio viejo del Perú, cuyo gran centro se hallaba en el ya nombrado Tiahuanaco” (Lafone, 1902a:262).

La cronología de Montesinos es adoptada por Lafone, así como su versión del mito de una civilización preincaica con centro en el altiplano. Esta temática tiene resonancias muy actuales, entre las cuales podemos mencionar las propuestas de una apropiación quechua de mitologías altiplánicas (Bouysse-Cassagne y Bouysse, 1988; Szeminski, 1987), hasta la posibilidad de que hubiera existido un trasfondo mítico muy antiguo compartido por las distintas regiones andinas (ver Pérez y Heredia, 1990).

## LAFONE, DE PILCIAO A LA PLATA

“!Qué bien se duerme a campo raso en los páramos y desiertos de Catamarca!” (Lafone, 1891:356).

Lafone se interesa e investiga estos temas en una época en la que no están constituidas las disciplinas antropológicas, están en formación. La visión de Lafone acerca de sí, su posicionamiento frente al objeto, nos permitirán entrever como va constituyendo tanto ese objeto como la disciplina.

En un primer momento, Lafone necesita explayarse en la definición de su lugar entre las culturas.

“No se crea que todo esto se oye y se aprende como quien pasa en un tren. El criollo se recela mucho del forastero, porque cree que pregunta para burlarse de estas cosas, y lo que les entra por nada es aquello del interés arqueológico o histórico. A mí me cuentan algo, porque ya se han convencido que ‘soy curioso’ y que me ‘gustan estas cosas’, y esto me vale” (Lafone, 1891:356).

Así como no es ni criollo ni forastero, se acerca a las antigüedades y tradiciones populares con esa misma ambivalencia que, en definitiva “le vale” para ambos lados. Por ejemplo, a sus invitados forasteros, les recomienda

“que se ganasen el llastay o dueño de las avesii, pues de él depende la suerte de los cazadores” (op. cit., p.353).

Con los criollos, conversa, pregunta, escucha, deja vía libre a su “curiosidad”. Aprende sus creencias y sus vocablos, y con ellos aprehende su realidad. Sus categorías son las categorías folklóricas, ya que en esa realidad vive y por lo tanto las conoce, y lo que describe, entonces, es parte de esa realidad.

A los forasteros, atiende en su hacienda, comparte sus gustos y conocimientos. Pero también comprende su incompreensión

“Todo forastero que entra a lo que antes fue la provincia del Tucumán, Juríes y Diaguitas, se habrá fijado en el dialecto que habla el pueblo en sus conversaciones familiares, y que se diferencia del castellano culto, no solo en su tonada, sino también, en un considerable número de voces que nada dicen al que las oye por primera vez” (Lafone, 1989:XIII).

Esta comprensión de la forastería, seguramente experimentado anteriormente por el propio Lafone, lo lleva a escribir su vocabulario, una suerte de hoja de ruta de un territorio en el que se ha hecho lenguaraz, en un dialecto en el que se ha hecho baqueano.

Pero además de los criollos y los forasteros, que junto a él se definen desde el estar en Pilciao, están los otros que, como él, se interesan por las antiguas culturas. Y, frente a ellos, Lafone ensaya una auto-definición que es tanto una asimilación cuanto un distanciamiento:

“El doctor Tylor es una autoridad y un eslabón mas en esa cadena de ingleses, que como Forlong, Frazer, Robertson y Smith, se ocupan en averiguar a fondo el origen de las creencias religiosas del hombre en su primer estado: pero al mismo tiempo, nosotros, los americanos que aspiramos al rango de americanistas, debemos preguntarle si al querer atribuir a los misioneros cristianos todo lo que huele a judaísmo o cristianismo en lo que se cuenta de las tribus barbaras y salvajes del nuevo continente, se ha hecho cargo de lo que sabían y creían en materia de religión los mejicanos, los peruanos y algunas otras naciones mas favorecidas de nuestro continente” (Lafone, 1892b:325. El subrayado no es original).

Lafone comparte con los antropólogos ingleses su campo objetual, pero su distancia con ellos le permite definir al objeto desde otro lugar<sup>iii</sup>. Lafone es americanista pero antes es americano y esta precedencia de lugar marca el punto de vista.

Lafone es, entonces, baqueano y lenguaraz, intermediario de dos mundos, el de criollos y forasteros. Pero ni su posición de intermediario, ni la posición de los polos entre los cuales intermedia, es posible sin una referencia necesaria al lugar. El curioso de Pilciao para unos, el sabio de Pilciao para otros, su posición tiene una atadura topológica. Y, precisamente, desde allí, y solo desde allí, puede Lafone pensar este otro americanismo, el propiamente americano.

Ahora bien, si su auto-posicionamiento intelectual está geográficamente definido, es de suponer que los cambios en la geografía de Lafone se traslucirán en modificaciones en su propia ubicación. Y todo parece indicar que así es. A principios de siglo, cuando sus estadías en Buenos Aires y en La Plata se hacen cada vez más prolongadas y, posteriormente, en 1902, ya instalado definitivamente en La Plata, Lafone pierde irremisiblemente su referencia a Pilciao.

Lafone se incorpora físicamente a la disciplina científica, y entonces debe identificarse con sus intereses. En 1901, al prologar la obra de Quiroga, adopta una posición frente a los objetos arqueológicos que hasta entonces es encendidamente defendida por Moreno, el director del Museo de La Plata. Dice Lafone:

“Una vez más debemos protestar contras esas destrucciones por mayor de los yacimientos que contienen estos rastros de la prehistoria de nuestro país. El único modo de evitar el comercialismo que ha invadido a los colectores seria el no aceptar colección que no viniese con las credenciales de cada objeto y de sus descubrimiento y ubicación, y que estos fuesen a satisfacción de peritos en la materia; pues nuestros museos hoy poseen datos que permiten esta clase de exigencias” (Lafone, 1977:22).

Ya en 1901, su nueva posición se revela como tal, al punto de que el prologo no está firmado en Pilciao sino en “La Plata (El Museo)”. Pero conserva todavía la sensibilidad para con la distancia (con el Museo), desde la que escribe Quiroga.

“Sus vacaciones las pasaba en Calchaquí, sus noches interpretando libros en otros idiomas, y así, a 300 leguas de la casa editora, ha podido llevar a feliz término su trabajo **La Cruz en América.**” (Lafone, 1977:22).

El tema de la no comercialización de los objetos arqueológicos constituirá desde entonces un motivo recurrente. Ello ira configurando una de las principales marcas de la

arqueología como disciplina científica, al punto de justificar la exclusividad de la aproximación a lo arqueológico. Por lo tanto, el hecho de que Lafone asuma la defensa del patrimonio arqueológico nos dice que se ha hecho cargo de la arqueología como campo del saber, y actúa por consiguiente en pos de su legitimación (la suya y la de la arqueología).

En otro trabajo nos presenta una justificación de la arqueología en términos de disciplina (en sus diferentes acepciones). Hablándonos de Pajanco y Tuscamayo, nos dice que:

“(…) me dispuse visitar el local de las ruinas para darme cuenta de su carácter é importancia, para aconsejar o no una exploración de ellas a nuestro director, el doctor Moreno” (Lafone, 1902a:259).

Lo que antes era ampliamente justificable en razón de su curiosidad (como Chañar Yaco), es ahora dirigido como informe a consideración del Museo. Se perfilando en Lafone una migración desde el lugar del baqueano hacia el lugar del viajero<sup>iv</sup>.

En 1906, Lafone presenta in trabajo que lleva por título una idea que, en el contexto biográfico, nos resulta irónica. Publica sus estadías de 1902 y 1903 en donde había vivido casi medio siglo como “Viaje arqueológico a la región de Andalgalá”. Esta aparente contradicción se puede comprender en razón de su asimilación al viajero, al científico que debe emprender una travesía para encontrarse con su objeto de estudio, tal como los antropólogos y arqueólogos del Museo de Ciencias Naturales de La Plata y del Museo Etnográfico de Buenos Aires. Este acercamiento al objeto a través de un viaje era una de las características de las ciencias naturalistas, que se estaban forjando en el seno de los museos, y entre las cuales se encontraban la antropología y la arqueología. Solo definidas desde el museo las ciencias pueden ser ejecutadas mediante un viaje. En el caso de Lafone resulta forzado, pero, visto desde su nueva identidad, altamente coherente.

Se advierte una coherencia aun mayor si desde este nuevo posicionamiento se define un distinto enfoque teórico-metodológico. Lo encontramos más claramente en la consideración del significado de los objetos arqueológicos, que ha llegado a ser irrelevante para la clasificación. Anteriormente, los objetos eran insertos en el texto como parte de la narración, como ejemplos o argumentos interpretativos. Ahora los objetos van al final del trabajo, ordenados ya no por su significado, sino por su procedencia, materia prima, color, técnica decorativa, en fin, por su tipología. Nada queda del pasado significativo, por lo que Lafone explicita que “tenemos que atenernos principalmente a la clasificación geográfica”. (Lafone, 1906:110; cf. Lafone, 1908).

Lafone adopta una pretensión de objetividad explicita cuando dice:

“salvo dos o tres excepciones, (...) poco se ha hecho que pueda llamarse metódico, ni menos científico”. (Lafone, 1906:110).

Ya está en condiciones de calificar lo metódico y lo científico, legitimando a la arqueología a diferencia de los coleccionistas.

“Mucho hay, y mucho habrá, pero mucho se ha perdido en los siglos que han precedido al nuestro, y mucho se destruye por los exploradores que hacen comercio de estas cosas: esta gente infiere un perjuicio irreparable a la arqueología argentina, y muy mal hace nuestro congreso de fomentar tal vandalaje, porque no es otra cosa, al comprar colecciones de **bric-à-brac** reunidas con sacrificio de la verdad histórica y científica de las mismas. Estas exploraciones deben hacerse con ciencia y conciencia, como se practican en

Egipto en la Mesopotamia y en todo el Levante del mar Mediterráneo en general. Es doloroso ver cómo van quedando los enterratorios de Calchaquí; y para poder apreciar la diferencia que cabe entre colección y colección en su costo y en su valor arqueológico, no hay más que comparar las compras hechas por la nación en estos últimos años, y lo que ha logrado hacer reunir y describir el profesor Ambrosetti para el Museo de la Facultad de Filosofía y Letras.” (Lafone, 1908:316).

Se va delimitando entonces lo que hemos dado en llamar una autocomprensión arqueologicista, la que, en torno de la exclusividad corporativa para acceder a un sector de lo que se define como patrimonio nacional, postula la objetividad y la cientificidad como valores máximos legitimadores de esa exclusividad. Y el valor de la arqueología queda demostrado al comparar sus colecciones con las no científicas. Estas valen dinero, aquellas valen arqueología. Pero, en tanto el estado compra colecciones no científicas para exhibirlas en los museos en donde “se produce” la arqueología, no resulta tan clara la diferencia. Y es que la arqueología se legitima marcando y remarcando su método. Solo a través de este pueden los arqueólogos acceder al conocimiento objetivo del pasado. Y, por lo tanto, solo por medio de los arqueólogos puede la nación acceder a este conocimiento. La pretensión de objetividad de la arqueología está indisolublemente ligada a su pretensión de exclusividad y control del acceso (físico e intelectual) a lo arqueológico.

Encontrarnos con Lafone en una posición tan distante de la anterior, en la que bastaba su ductilidad para moverse entre dos mundos, resulta por demás sospechoso. No es posible pensar que Lafone pudiera cambiar tan repentinamente su experiencia del conocimiento como su trabajo y su ciudad. Pero si que su nuevo lugar exigía de Lafone una posición distinta. Lafone creyó necesario marcar su nueva inserción a la academia, ya que era, ahora, uno de sus dirigentes. Pero, a partir de 1908 mermara considerablemente su producción, recluyéndose en el silencio del Museo para solo aparecer presentando ocasionales notas en diarios o prologando obras de terceros. Y este hecho tal vez constituya un indicio de que Lafone no alcanzó a cerrar una coherencia intelectual con su nueva autocomprensión. Recién a edad avanzada y hacia el final de su carrera, presento un par de trabajos en los que recorría partes de su biografía (1919), o realizaba una encendida defensa del indio sudamericano (1918). El discurso cientificista por-arqueológico le resultó necesario en sus primeros años en La Plata, y marcó una distancia enorme con Pilciao. Una vez afianzado, prefirió el silencio.

#### PALABRAS FINALES

“(…) si la relación del viejo Colla induce a alguno a seguir investigando la pista que aquí se da, no se habrán ocupado en balde las fojas de esta publicación, ni tampoco el tiempo de SAMUEL A. LAFONE QUEVEDO” (Lafone, 1892b:379).

Hemos enfatizado dos momentos en la vida de Lafone, a los que decidimos llamar Pilciao y La Plata. Habría que puntualizar, sin embargo, que la etapa de Pilciao (así como sus investigaciones) comienza mucho antes que lo reflejen sus publicaciones (sus primeras notas periodísticas son de la década del '80).

También es necesario reconocer que, en tanto sus vinculaciones con La Plata comienzan mucho antes de su traslado allí, el corte neto entre las dos etapas no puede tener

sino un valor expositivo. Ya en los primeros trabajos se puede vislumbrar el efecto que mucho mas tarde se haría notable en su obra.

No obstante, la distancia entre Pilciao y La Plata es apreciable en los distintos Lafone. Y sostenemos que, es justamente la dificultad para ver esa distancia, la que no le ha permitido, a aquella antropología de pretensiones científicas, volver a Lafone.

La antropología de Lafone no es relevante solo por el hecho de haber sido la primera. Lafone desarrolla una aproximación que le permite encontrar aquello que yace bajo lo aparente, lo que le permite relacionarlo con otras disímiles manifestaciones, en fin, lo que le da sentido. Pero, a la vez, la linealidad interpretativa a la que lo empujaba su época, resulta matizada por los contorneos que Lafone dibuja para dar lugar tanto a las similitudes como a las diferencias culturales. Este espacio intermedio, que Lafone abre por vez primera, resuena en las propias vivencias fronterizas de Lafone, en cuanto a su posición cultural y también intelectual. Lafone llegó a la ciencia antropológica, pero, a diferencia de sus contemporáneos, lo hizo desde Pilciao, y ello constituyó una diferencia.

Se trata de una diferencia por la que hoy, volver a Lafone, de La Plata a Pilciao, resulta una travesía provocadora para una antropología del noroeste argentino dispuesta hacia una hermenéutica de lo americano.

Una paráfrasis final: si la relación del viejo Lafone induce a alguno a seguir investigando la pista que aquí se da, no se habrán ocupado en balde las fojas de estas publicaciones, ni tampoco el tiempo de los autores.

Choya, junio de 1993.

---

<sup>i</sup> Adviértase que en el trabajo referido específicamente al disco (Lafone, 1890), interpreta en forma contraria.

<sup>ii</sup> El dueño de las aves, también conocido en otras regiones como coquena, es un duende, un ser sobrenatural que vela por la seguridad de los animales salvajes.

<sup>iii</sup> Recuérdese que no solo su padre es de origen inglés, sino que obtiene su preparación académica enteramente de los claustros ingleses de Cambridge. Lo que acentúa la diferenciación.

<sup>iv</sup> Según Furlong, ya desde los primeros contactos con Moreno había habido un cambio en la percepción de Lafone por parte de la intelectualidad porteña: "(...) ya no se veía en él al industrial y comercial (sic) sino al arqueólogo y etnólogo" (1962:22).

## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Alexander, Jeffrey C. 1991: "La centralidad de los clásicos". Pp. 22-80. La Teoría Social, Hoy, eds. Giddens, A. y J. H. Turner. Editorial Patria. México.

Bouysse-Cassagne, Thérèse y Philippe Bouysse. 1988: Lluvias y cenizas. Dos Pachacuti en la historia. HISBOL. La Paz.

Fernández, Jorge. 1982: Historia de la Arqueología Argentina. Asociación Cuyana de Antropología. Mendoza.

---

Furlong, Guillermo. 1962: “Conferencia del R. P. Guillermo Furlong, S. J.”. Cuadernos del Instituto Nacional de Investigaciones Folklóricas. Nro. 3. Buenos Aires.

Lafone Quevedo, Samuel A. 1888: “Londres y Catamarca: cartas a “La Nación”, 1883-1884; con apéndices y 1 mapa histórico”. Imprenta y Librería de Mayo. Buenos Aires.

1890: “Notas arqueológicas a propósito de un objeto de arte indígena”. Anales del Museo de La Plata. Materiales para la historia física y moral del continente sudamericano. Sección de arqueología I. Pp. 1-13. La Plata.

1891: “Las huacas de Chañar-Yaco (Provincia de Catamarca)”. Revista del Museo de La Plata. Tomo II, pp. 353-360. La Plata.

1892a: “Instrucciones del Museo de La Plata para los colectores de vocabularios indígenas”. Revista del Museo de La Plata, tomo III, pp. 1-16. La Plata.

1892b: “Ensayo Mitológico. El culto de Tonapa. Los himnos sagrados de los reyes del Cuzco”. Revista del Museo de La Plata. Tomo III, pp. 321-379. La Plata.

1892c: “El pueblo de Batungasta”. Anales del Museo de La Plata. Materiales para la historia física y moral del continente sudamericano. Sección de arqueología II. Pp. 5-11. La Plata.

1898: “Tesoro de catamarqueñismos. Nombres de lugares y apellidos indios con etimologías y eslabones aislados de la lengua cacana”. Pp. 1-179. Buenos Aires.

1899: “Los ojos de Imaymana y el señor de la ventana”. Boletín del Instituto Geográfico Argentino. Tomo XX, Nro. 7 a 12. Pp. 446-74. Buenos Aires.

1902a: “Las ruinas de Pajanco y tuscamayo, entre Sinjan y Poman”. Revista del Museo de La Plata. Tomo X, pp. 257-264. La Plata.

1902b: “Las ‘manoplas’ del culto de Viracocha. Estudio de arqueología calchaquina”. Congrès International des Américanistes. XIIe session, pp. 285-291. Paris.

1904: “Viaje a los menhires e Intihuatana de Taffí y Santa María, en octubre de 1898”. Revista del Museo de La Plata. Tomo XI, pp. 121-128. La Plata.

1906: “Viaje arqueológico en la región de Andalgalá 1902-1903”. Revista del Museo de La Plata. Tomo XII, 2, pp. 73-110. La Plata.

1908: “Tipos de alfarería en la región diaguito-calchaqui”. Revista del Museo de La Plata. Tomo XV (segunda serie, tomo II), pp. 295-397. Buenos Aires.

---

1918: “Rasgos Psicológicos de Indios sudamericanos”. Revista del Museo de La Plata, Tomo XXXIV, segunda parte (segunda serie, tomo XI, segunda parte), pp. 63-81. La Plata.

1919: “Londres y Tucumán (fragmento histórico)”. Revista de la Universidad Nacional de Córdoba, Año 6, Nro. 7, pp. 3-36. Córdoba.

1977: “Prólogo de La Cruz en América”. En La Cruz en América de Adam Quiroga. Pp. 11-22. Ed. Castañeda. Buenos Aires.

Márquez-Miranda, Fernando. 1958-1959: “Notas antropológicas extraídas del ‘Diario íntimo’, inédito, de D. Samuel A. Lafone Quevedo”. Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre. Vol. IX partes 1-2. Buenos Aires.

Pérez Gollán, José y Osvaldo Heredia. 1990: “Hacia un replanteo de la Cultura de La Aguada”. Cuadernos 12 (1987). Pp. 161-178. Instituto Nacional de Antropología. Buenos Aires.

Szemiński, Jan. 1987: “Un kuraca, un dios y una historia (“Relación de antigüedades de este reyno del Pirú” por don Juan Santa-Cruz Pachacuti Yamqui Salca Mayhua)”. Sección antropología social (ICA), Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Buenos Aires.